



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 8**

# **CB 114 SOCIOLOGÍA DEL PERÍODO BÍBLICO II**

Carter, Warren. “Los espacios del imperio: ámbitos urbanos y rurales”. En *El Imperio romano y el Nuevo Testamento*, 71-98.  
Estella: Verbo Divino, 2011.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## Los espacios del imperio: ámbitos urbanos y rurales

Roma controlaba una vasta extensión de territorio: desde la actual Inglaterra, al norte, hasta Judea y Siria al este, pasando por Europa, hasta el norte de África al sur, pasando por Hispania. Dentro de su territorio vivían entre 60 y 70 millones de personas, aproximadamente, de las cuales quizá entre el 5 y el 7 por ciento vivían en ciudades. El ministerio de Jesús estuvo centrado en ciudades pequeñas y pueblos de Galilea tales como Nazaret, Caná y Cafarnaún. Los evangelios no mencionan los importantes centros urbanos de Séforis y Tiberías. Jesús viaja a las zonas que rodeaban las ciudades de Tiro y Sidón, en Siria (Mc 7,24-30), y, en dirección sur, a Jerusalén (Mc 10-11). A medida que el movimiento se difunde, sus seguidores aparecen en ciudades tales como Antioquía, Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea, Filipos, Tesalónica, Corinto y Roma.

¿Qué papel desempeñaban las ciudades dentro del imperio de Roma y cómo afrontaban los cristianos la vida imperial urbana?

Estos interrogantes tienen una dificultad añadida. La vida urbana influía de manera importante en la zona rural circundante y sus redes de pequeños pueblos, y estaba en relación con ella. Escritos cristianos como Filipenses, Efesios o Apocalipsis, vinculados con las zonas urbanas antes mencionadas, también iban dirigidos a los cristianos que vivían en los pueblos y zonas rurales circundantes. Otros escritos, como 1 Pedro, iban desti-

nados a los cristianos de los vastos territorios de cinco provincias que contaban tanto con habitantes urbanos como rurales. Algunos especialistas han aventurado la hipótesis de que el evangelio de Marcos tuvo su origen en Galilea y abordaba la vida de las poblaciones, en gran parte rurales, de esta región (véase 6,6.35.56).

Esta ordenación de una ciudad rodeada por pueblos dependientes queda reflejada en la descripción de las visitas de Jesús a “los pueblos de [la ciudad de] Cesarea de Filipo” (Mc 8,27; cf. Lc 24,13) y a la región circundante de las ciudades de Tiro y Sidón (Mc 7,24-31; Mt 15,21-22). El rey Herodes mata a los niños pequeños varones de Belén y su zona circundante (Mt 2,16). El control de Jerusalén se extiende por toda Judea y Galilea. La élite que manda en Jerusalén, y cuya base es el templo, manda unos representantes a Betania, situada entre Jerusalén y Galilea, para investigar a Juan el Bautista (Jn 1,19-28). Fariseos y escribas del mismo grupo de la élite viajan a Galilea (tal vez a Genesaret o a la zona circundante: Mt 14,34) para interrogar a Jesús (Mt 15,1).

Resulta, pues, necesario ampliar nuestros interrogantes: ¿qué papel desempeñaban las ciudades y el campo dentro del imperio de Roma?, ¿cómo afrontaban los cristianos la vida urbana-rural en dicho imperio?

### *Los evangelios*

#### *Un sistema: zonas urbanas y rurales*

¿Cuál era la relación entre las zonas urbanas y las rurales en el mundo de Roma? Cada zona dependía en parte de la otra. El imperio romano era una economía agraria que tenía la tierra como principal recurso. Las zonas rurales proporcionaban los alimentos y los demás productos requeridos por las ciudades. Estas consumían la producción rural, ofrecían técnicas necesarias, se dedicaban a la industria y el comercio y constituían los núcleos de la administración y la seguridad imperiales.

Esta perspectiva es, sin embargo, demasiado simple. Pasa por alto las estructuras y los dinamismos jerárquicos y explotadores del imperio, esbozados ya en el capítulo 1. Las zonas urbanas y rurales del imperio estaban profundamente embebidas de esas estructuras sociopolíticas. Su vida económica y social reflejaba las desigualdades analizadas en el capítulo 1. Las ciudades eran centros del poder de la élite y extendían su control político, social, económico y religioso sobre los pueblos y las zonas circundantes.

A lo largo y ancho del imperio, el pequeño grupo gobernante constituido por entre el 2 y el 3 por ciento de la población, aproximadamente, a menudo asentado en las ciudades, controlaba la mayor parte de la tierra y su producción. Sus miembros poseían grandes haciendas trabajadas por esclavos. Cobraban a los campesinos la renta, que habitualmente se pagaba en especie. Incrementaban sus propiedades ejecutando créditos impagados. Canjeaban el superávit por recursos necesarios y unos beneficios. Redistribuían la producción campesina entre las ciudades, sus propias casas y haciendas más extensas y los templos. Según una estimación, entre el 2 y el 3 por ciento de la población consumía aproximadamente el 65 por ciento de la producción. Su control económico reflejaba su poder político y ejercía una enorme influencia sobre el modo como vivía la mayor parte de la población.

Los evangelios ponen frecuentemente de manifiesto el carácter fundamental de la tierra y de las actividades agropecuarias, controladas por la élite. Jesús hace referencia a las facnas propias de la siembra (Mt 13,3-9), al sabotaje de la cosecha por parte de un adversario que siembra cizaña (Mt 13,24-30) y al tiempo de la recolección (Mc 4,26-29). La gente riñe por herencias (Lc 12,13-14) y deudas (Lc 12,58-59). Una persona de la élite incrementa las tierras de su propiedad, es de suponer que fuera de la ciudad y mediante representantes o esclavos, y quizá valiéndose de un proceso de ejecución de deudas impagadas (Lc 14,18). Otro ha adquirido cinco yuntas de bueyes, lo que

supone una potencia animal suficiente para labrar cuarenta hectáreas, tal vez. Si esto supone la mitad de sus tierras de cultivo, sus ochenta hectáreas (aproximadamente y como mínimo) suponen unas propiedades mucho mayores que las pequeñas propiedades de los campesinos, que, en el mejor de los casos, no llegan a las tres hectáreas (Lc 14,19). Los terratenientes absentistas emplean a esclavos con formación administrativa para gestionar e incrementar su riqueza (Mt 24,45-51; Lc 12,36-48; 19,11-27). Algunos terratenientes de la élite conservan su tierra y su riqueza dentro de la familia mediante herencias (Lc 15,11-32). Otros construyen graneros mayores para sus cosechas (Lc 12,16,21). Poseen esclavos que trabajan duro y a los cuales exigen aún más (Lc 17,7-10). Van a la plaza del mercado de la ciudad o el pueblo a contratar jornaleros para que trabajen en una viña (Mt 20,1-16) o confían en el trabajo de sus hijos (Mt 21,28-32). A través de sus representantes toman medidas violentas y fatídicas contra los arrendatarios que a su vez utilizan la violencia para negarse a entregar el pago de su renta en forma de determinado porcentaje de la producción (Mt 21,33-46).

El pequeño grupo dominante ejercía ese control en beneficio propio mediante un grupo de personas (a las que se denominaba *criados*) que servían a los intereses de la élite. Los soldados mantenían el orden; los sacerdotes aseguraban la bendición divina sobre la productividad; los artesanos ofrecían servicios varios; los mercaderes intercambiaban productos y procuraban los suministros necesarios, y los ancianos de la localidad supervisaban las tareas y negociaban con otras localidades y autoridades. El más o menos 90 por ciento restante de la población realizaba el laboreo propiamente dicho.

Está claro que quienes salían perdiendo con este sistema vertical, jerárquico y explotador eran los pequeños agricultores, los artesanos urbanos y los trabajadores sin cualificación. La mayoría de los campesinos vivían en pueblos pequeños donde las familias trabajaban fincas reducidas que tenían en propie-

dad o en arriendo. Las élites utilizaban las rentas y los impuestos para trasvasar la producción. El trabajo campesino, profundamente despreciado por los miembros de la élite, sustentaba el lujoso tren de vida de éstos. Las exigencias de la élite trastocaban los modos de proceder aldeanos, que tenían en cuenta las prioridades de la colectividad. Especialmente vulnerable era la práctica de la reciprocidad, en virtud de la cual las familias de la localidad se sostenían mutuamente mediante el justo e igualitario intercambio de bienes (véase Lc 11,5-10). Asimismo, las presiones aldeanas que impedían a cualquiera destacarse acumulando más que los demás se veían contrarrestadas por la necesidad de mirar por los intereses de la casa propia.

La vulnerabilidad ante fuerzas que escapaban a su control, la pobreza severa y la carencia de poder dominaban la existencia de los pueblos. Los campesinos luchaban por sacar de sus pequeñas fincas lo suficiente para alimentar a sus extensas familias y sus animales, hacer trueques para obtener otros bienes necesarios, asegurar la simiente para la siembra siguiente, pagar los impuestos o las rentas (o ambas cosas) y devolver los préstamos. A veces, las élites brindaban actos de patronazgo para aliviar esa lucha –renunciando al pago de una renta, aligerando una exigencia fiscal o financiando una fiesta o un banquete de la localidad–; sin embargo, esos actos de aparente amabilidad y buena voluntad enmascaraban un sistema explotador de redistribución, ya que imponían nuevas deudas de gratitud y dependencia a las localidades.

El grupo dominante gestionaba este sistema económico urbano-rural con vistas a desplegar, proteger e incrementar su propio poder, riqueza y categoría. La vivienda, el atuendo, el medio de transporte, los alimentos, la educación, los modales, el trabajo no manual, etc., eran indicadores de categoría social. Estos indicadores aumentaban la distancia que separaba a “quienes tenían” de “quienes no tenían”, que constituían la inmensa mayoría.

Las ciudades estaban organizadas geográficamente para subrayar el control de la élite y la jerarquía social. Los aspectos políticos, comerciales, religiosos, sociales y residenciales de la vida urbana estaban estrechamente vinculados entre sí. Los centros urbanos presentaban construcciones del poder político-religioso tales como edificios administrativos, un foro y templos. Otras construcciones, como teatros, estadios, templos y mercados (*agora*), brindaban lugares de reunión y oportunidades para que la élite ejerciera su control mediante los entretenimientos, la retórica, las observancias religiosas y el comercio. Las viviendas de la élite solían estar rodeadas por quienes les proporcionaban los servicios necesarios y ejecutaban su voluntad.

Quienes carecían de poder o habilidades y lo único que tenían para vender era su capacidad de trabajo, ocupaban los márgenes geográficos de la ciudad, donde vivían hacinados y en condiciones poco higiénicas. Entre estas personas se encontraban con frecuencia campesinos desposeídos de sus tierras mediante ejecución hipotecaria o forzados a emigrar a la ciudad porque la pequeña propiedad familiar no podía mantener ya su casa. Los edificios de muchas plantas proporcionaban una forma vertical de esas ordenaciones del poder, en la cual los más pobres y con menos destrezas ocupaban las plantas superiores.

Esta geografía urbana y estas ordenaciones sociopolíticas quedan patentes, por ejemplo, en la parábola del gran banquete (Lc 14,15-24). Tras haber sido rechazado por tres invitados pertenecientes a la élite, el anfitrión ordena a su esclavo que vaya “a las calles [o plazas] y callejones de la ciudad” para invitar a “los pobres y a los lisiados, a los ciegos y a los cojos” (versículo 21). Dado que los pobres de la ciudad, que no pertenecen a la élite, no llenan su sala de banquetes, manda salir a su esclavo de nuevo. Y éste se dirige a quienes se encuentran aún más marginados social y geográficamente: quienes están fuera de las murallas de la ciudad, en los caminos y las cercas.

No se trata de los campesinos de las aldeas rurales, sino de los desposeídos y mendigos que intentan ganarse a duras penas la vida. Su existencia está tan alejada del mundo urbano y elitista del anfitrión, y se han visto tan perjudicados por dicho mundo, que es necesario forzarles a entrar en él. Más adelante, en el capítulo 7, consideraremos la repercusión que este sistema de la élite tenía sobre quienes no pertenecían a ella.

Las relaciones entre la élite y quienes no pertenecían a ella eran limitadas, pero estaban dominadas por las existentes entre patrono y cliente. Estas relaciones extendían el control de la élite mediante los favores y la dependencia. Recompensaban la docilidad de los artesanos y peones atendiendo a las necesidades de supervivencia cotidiana, es decir, con oportunidades de más trabajos y pequeños favores. Las élites también extendían su patronazgo a determinados grupos cívicos. Practicaban el “euergetismo” o “buenas obras públicas” patrocinando, por ejemplo, las comidas y reuniones que con regularidad celebraban los gremios de artesanos y trabajadores (llamados *collegia*), las asociaciones funerarias u otras agrupaciones voluntarias. Financiaban los entretenimientos de la ciudad, proporcionaban donaciones de comida y costeaban edificios, fuentes o estatuas en una determinada ciudad. Estas actividades se veían grandemente compensadas. Incrementaban la visibilidad, el honor y el poder del miembro de la élite que las realizaba. Obligaban a quienes no pertenecían a la élite a la dependencia y la gratitud, imponiéndoles ambas cosas como una deuda. Reforzaban la estructura jerárquica de la sumisión y dependencia.

Las actividades y el control del grupo dominante abarcaban tanto las ciudades como el campo. Los dos ámbitos brindaban a las casas de la élite del imperio numerosas oportunidades de mantener y mejorar su posición sociopolítica y su poder. Ocupar cargos políticos dentro del gobierno de la ciudad, controlada por la élite, proporcionaba una salida importante, lo mismo que el patronazgo y sus alardes de riqueza y poder. El



consumo ostentoso de recursos, manifestado en un lujoso tren de vida, requería la continua transferencia de riqueza a la élite, que obtenía el dinero en efectivo necesario para esa vida de lujo de los arrendamientos agrarios, de los préstamos hechos a campesinos y a artesanos, de las inversiones hechas en la industria y el comercio entre ciudades y de las herencias, así como de las rentas procedentes de casas, apartamentos, tiendas y almacenes. Explotaban tanto los centros urbanos como las zonas rurales circundantes. Creaban “minieconomías” que entraban en relación con otras casas y abarcaban interrelaciones sociopolíticas y económicas de tipo urbano-rural y de tipo urbano-urbano.

Los evangelios y Hechos evidencian el poder y el control social de las élites asentadas en las ciudades. Herodes invita a su fiesta de cumpleaños “a los magnates”, a los jefes militares y a “los principales” o “la nobleza” de Galilea (Mc 6,21). Lucas asocia a estos “principales” con los jefes de los sacerdotes y con los escribas del templo de Jerusalén (19,47). En Hechos, las mujeres de clase alta y los “principales” de Antioquía de Pisidia actúan contra Pablo y Bernabé para mantener el orden público expulsándolos de la ciudad (Hch 13,48-51). En Hch 25,2, los jefes de los sacerdotes y “los principales” de Jerusalén visitan al gobernador romano Festo para presentar acusaciones contra Pablo. En el versículo 23, los notables acompañan al rey Herodes Agripa y a su hermana Berenice a la presencia del gobernador Festo para oír a Pablo.

Hay otras figuras de la élite que defienden los intereses romanos y su orden social contra quienes amenazan dichos intereses y dicho orden. En Filipos, las autoridades y los magistrados de la ciudad mandan apalea y encarcelar a Pablo y Silas por “predicar costumbres que nosotros, como romanos, no podemos aceptar ni practicar” (Hch 16,19-24). Después, cuando se enteran de que Pablo y Silas son ciudadanos romanos, se disculpan (16,35-40). En Tesalónica estalla otro disturbio social, y Pablo y Silas son acusados de “actuar contra los decretos del empera-

dor diciendo que hay otro rey, Jesús” (Hch 17,1-9). Un hombre, Jasón, es llevado ante las autoridades de la ciudad (los “*politarcas*”). También en Éfeso estallan desórdenes relacionados con el templo de Artemisa, pero el canciller de la ciudad calma el tumulto y recomienda encarecidamente que la actuación siga los cauces legales (19,23-41; para un análisis, véase más adelante el capítulo 5). En estas situaciones, las élites urbanas mantienen el orden público y protegen sus intereses contra cualquier realidad pública, económica o política que suponga una amenaza para su poder.

### *Crítica y alternativa*

Era dentro de este jerárquico mundo del imperio, urbano-rural y controlado por la élite, donde vivían los seguidores de Jesús del siglo I. A veces, los evangelios utilizan estas realidades para instruir a sus seguidores acerca de los caminos de Dios. Lo mismo que los esclavos, por ejemplo, deben estar preparados para que un amo ausente aparezca en cualquier momento, así los seguidores deben estar preparados para el regreso de Jesús (Mt 24,45-51). Lo mismo que un amo enfadado castiga a un esclavo que ha recibido unas “vacaciones fiscales” pero se niega a ser misericordioso con otro, así Dios castigará a quien ha experimentado el perdón de Dios pero no perdona al otro (Mt 18,23-35). Los evangelios ofrecen, además, orientación sobre el modo como los cristianos podrían afrontar este mundo urbano-rural del imperio.

Una estrategia evangélica consiste en entender el mundo de Roma tal como es, a saber, explotador y enriquecedor para la élite, destructivo para el resto. Jesús menciona las realidades del gobierno de la élite, encaminado al beneficio propio y que además debilita a los pobres, cuando dice: “Al que tiene se le dará, y al no tiene se le quitará incluso lo que cree tener” (Lc 8,18). La esclavitud y la pobreza son datos conocidos. En una parábola, un esclavo hace con acierto (y osadía) este comentario a un terrateniente muy acaudalado: “Exiges lo que no diste y

quieres cosechar lo que no sembraste" (Lc 19,21; cf. Jn 4,37; 1 Cor 3,9). En los relatos que acabamos de señalar en los que aparecen figuras de la élite que protegen el orden público, se advierte a los seguidores que sean prudentes. Las élites utilizan su poder para proteger sus intereses matando a los representantes de Dios, castigándolos o echándolos de las ciudades. A veces, sin hacer nada les exponen a más dificultades.

En Mc 11,12-14.20-24 (Mt 21,18-22), Jesús se encuentra con una higuera que no da higos, la maldice, y ésta se seca. Esta historia se encuentra colocada entre la entrada de Jesús en Jerusalén y su juicio sobre el templo, un contexto que hace pensar que la higuera simboliza a la élite urbana de Jerusalén, que tiene el control sobre el templo y sobre gran parte de la actividad agropecuaria en toda Judea y Galilea (véase un análisis más adelante, en el capítulo 5). Las higueras fecundas simbolizan la bendición de Dios (Nm 20,5; Dt 8,7-8). Esta higuera, con hojas pero sin fruto, significa que la bendición vivificadora de Dios está ausente de este sistema controlado por la élite que tanto sufrimiento provoca a la mayoría de la población. Una higuera seca representa el juicio de Dios sobre el sistema de la élite (Jr 8,13; 29,17).

En el evangelio de Mateo, este juicio se expone en la parábola del rey y el banquete de bodas de su hijo (22,1-14). La versión de Mateo difiere en algunos aspectos importantes de la parábola de Lucas, en la que se habla de un hombre (no un rey) que da una gran cena (no un banquete de bodas: Lc 14,15-24). La respuesta más importante se centra en la reacción del rey cuando la gente rechaza sus invitaciones. Como el hombre de la historia de Lucas, el rey monta en cólera (cf. Mt 22,7 y Lc 14,21). Pero, a diferencia del hombre de Lucas, el rey de Mateo manda sus tropas, mata a la gente, incendia su ciudad y luego invita a gente de la calle a que venga a la boda (22,7). Esta actuación parece que no guarda proporción con la ofensa, y rompe la secuencia existente entre los versículos 6 y 8. Es frecuente que el fuego denote juicio (Mt 13,30.40), y quemar

ciudades era una manera corriente de castigar a un enemigo vencido. Roma incendió Jerusalén tras la derrota de esta ciudad en el año 70 EC (Josefo, *GJ* 6:249-408). Mateo incluye en la parábola un juicio sobre los jefes de la ciudad por rechazar al hijo de Dios, Jesús.

Jesús critica a la élite opulenta que almacena su abundancia para su propio uso mientras la mayoría de la población carece de alimento. El “rico” que planea construir graneros mayores para su trigo y sus bienes es un necio porque, al pasar por alto los justos y vivificantes designios de Dios para toda la creación, no es “rico ante Dios” (Lc 12,16-21). Jesús invita a un dirigente muy rico a vender cuanto posee y a repartir su dinero entre los pobres (Lc 18,18-27). Jesús previene a la gente contra los escribas (Lc 20,45-47). Los escribas eran miembros de la élite, y su poder se basaba en la cultura y en la formación relativa a la ley. Su papel era interpretar las tradiciones y aplicarlas a la vida cotidiana, de ahí que tuvieran una gran influencia. En cuanto aliados de otros grupos de la élite, como los jefes de los sacerdotes (20,19), utilizaban su poder para enriquecerse a expensas de los demás. Jesús menciona sus aptitudes para devorar “los bienes de las viudas”, por lo cual “tendrán un juicio muy riguroso” (20,47).

Estas críticas concretas al poder explotador de la élite entran dentro de una constante más amplia que hace hincapié en el juicio de Dios sobre el mundo de Roma, que quedará vuelto del revés cuando regrese Jesús, y en el cumplimiento de los designios de Dios. Como he señalado en el capítulo 2, los evangelios consideran diabólico el imperio de Roma (Mt 4,8; Lc 4,5-8) y declaran que, cuando Dios lo juzgue, será reemplazado por el reinado o imperio de Dios (Mt 24,27-31; Mc 13,24-27; Lc 19,11-27).

Ese juicio escatológico venidero entraña una transformación material y económica muy profunda. Abrahán le dice al rico condenado en el juicio: “Ya recibiste tus bienes durante la vida, y [el pobre] Lázaro, en cambio, males. Ahora él está

aquí consolado mientras tú estás atormentado” (Lc 16,25). La tierra será restituida a quienes actualmente carecen de los recursos suficientes. En la bienaventuranza de Mt 5,5, Jesús cita el Sal 37 para asegurarles a los pobres carentes de poder, los humildes, que Dios pondrá fin a los comportamientos opresores de los ricos y poderosos. Gracias a la intervención de Dios, heredarán la tierra. Asimismo, en Mc 10,29-30, Jesús promete: “Todo aquel que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos [tierras], por mí y por la Buena Noticia, recibirá en el tiempo presente cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, aunque con persecuciones, y en el mundo futuro la vida eterna”. El mundo futuro en el que se realizan los designios de Dios entraña una reorganización socioeconómica y una recompensa para los seguidores de Jesús.

Pero, cosa interesante, la cuestión no se reduce a aguardar ese juicio escatológico. En el pasaje de Marcos, Jesús indica que esa multiplicación por cien de la familia y las tierras tiene ya lugar en el presente. Una estrategia muy importante para hacer frente al mundo de Roma en el presente es la creación de familias y de una experiencia social que ofrezcan una alternativa a los modos de proceder de la élite imperial. En lugar de hacer hincapié en los parientes de sangre, Jesús centra su atención en el parentesco “ficticio” existente entre sus seguidores y mantiene los valores familiares de las casas campesinas. La mano de obra (“hermanos, hermanas...”) y los recursos (“casas... tierras”) no son amontonados para provecho personal de uno, sino que existen para el bien de los demás. Jesús desarrolla el mismo planteamiento en Lc 6,30-36 al instar a sus seguidores a satisfacer las necesidades de los demás compartiendo sus posesiones y prestando, aun cuando la devolución sea imposible, renunciando así a las obligaciones de la reciprocidad, tan valorada en las relaciones de la élite. Los actos de misericordia, la oración pidiendo la obra transformadora de Dios, el ayuno y la concentración continua en hacer realidad el imperio de Dios y su justicia entrañarán que “todo lo demás” –lo que uno

come, bebe, viste-- va a proporcionarlo Dios tanto ahora como en el mundo nuevo (Mt 6,25-33). La manera de vivir no es la dominación, sino el servicio encaminado al bien de los demás (20,24-28). El apoyo comunitario y el servicio mutuo brindan estrategias para arreglárselas hasta que llegue el juicio final.

### *Las comunidades de Pablo*

Las comunidades de creyentes fundadas por Pablo también deben afrontar sus contextos rurales-urbanos. Las cartas que Pablo les envía les ofrecen algunas ideas y orientación.

#### *Tesalónica*

Desde el año 146 AEC, Tesalónica, ciudad que tal vez tuviera entre cuarenta mil y cincuenta mil habitantes, había sido la capital de la provincia romana de Macedonia. El gobernador romano residía allí junto con su personal de apoyo y su guarnición de soldados. Entre la élite de la ciudad había algunos romanos acaudalados. El gobierno de la ciudad estaba en manos de magistrados elegidos (pertenecientes a la élite y llamados *politarcas*), un consejo y una asamblea popular. Étnicamente, es probable que la mayor parte de la población fueran macedonios. Hch 17,1-9 hace pensar en una activa comunidad judía, pero no existen indicios de presencia judía antes del siglo III. En la ciudad se adoraba a varios dioses, como Zeus y Apolo, y se practicaban cultos místicos (Cabiros) y de dioses sanadores (Asclepio). Un templo dedicado al emperador Augusto formaba parte de la celebración activa del culto imperial.

La primera carta a los Tesalonicenses, escrita a finales de los años cuarenta del siglo I, proporciona algunas pistas sobre las diversas maneras como los conversos de Pablo afrontaban su entorno urbano. El apóstol hace referencia a que entre ellos se ganó su sustento trabajando (1 Tes 2,9), y les exhorta a trabajar con sus manos "como os lo tenemos recomendado" (4,11).

La insistencia en el trabajo hace pensar que la base de su ministerio era un taller artesano (quizá propiedad del Jasón mencionado en Hch 17,1-9). Era en el taller, más que en las esquinas de las calles o en la plaza del mercado, donde instruía a “cada uno” (2,11). La carta no hace mención de ningún esclavo. La exhortación de 4,12 a la autosuficiencia tendría poco sentido si la comunidad creyente tuviera como miembros a esclavos o libertos, que seguían obligados con sus amos. La ausencia de referencias a patronos acaudalados o a conflictos entre grupos socioeconómicos o étnicos dentro de la Iglesia hace pensar en un pequeño grupo de conversos (¿entre 15 y 30?), en su mayoría artesanos, que quizá se reunían en un pequeño taller.

La carta menciona con frecuencia la oposición a la predicación de Pablo (2,2) y el sufrimiento o persecución de los creyentes (1,6; 2,14; 3,3-4.7). En el siglo I no se dio ninguna persecución contra los creyentes que afectara a todo el imperio, de manera que su sufrimiento o aflicción tiene su origen en conflictos de ámbito local. La razón de estos conflictos probablemente viene dada en la referencia a “la conversión” de los creyentes “a Dios, abandonando los ídolos” (1,9). Otras personas –familiares, compañeros de trabajo, amigos– probablemente consideraban peligrosa dicha “conversión”, porque entrañaba el riesgo de que las desdeñadas y encolerizadas potencias cósmicas tomaran represalias contra la ciudad, contra las familias, contra los negocios y contra la supervivencia personal.

Además, renegar de los dioses de la ciudad y no participar en las celebraciones del culto imperial se consideraban actos de deslealtad y subversión. La referencia de Pablo al compromiso de los creyentes con el reino o imperio de Dios sin duda sonaría sospechosa, ya que hacía pensar que seguían a otro rey o emperador (2,12). En 4,15 se refiere a la vuelta de Jesús llamándola “parusía”, término que habitualmente designaba la llegada del emperador, de una autoridad imperial o de un general a una ciudad. Esta imagen presenta subversivamente a Jesús como el soberano legítimo que regresa para hacer valer su

soberanía. En 5,3, al hablar de la venida de Jesús como destructora del mundo de Roma (véase más adelante el capítulo 6), Pablo se burla de una pretensión habitual del dominio romano: la de haber establecido la “paz y seguridad”.

Estas afirmaciones subversivas y el acto de renegar de los ídolos probablemente provocaron tensiones importantes y crisparon las relaciones entre el grupo de los creyentes en Cristo y los demás habitantes de la ciudad. La situación tal vez se deteriorara al morir varios creyentes antes de la vuelta de Jesús (4,13-18), hecho que suscitaría dudas entre los creyentes y burlas de quienes no pertenecían al grupo y de aquellos para quienes las pretensiones de los creyentes de una salvación de la muerte no tenían sentido. Los insultos, la ruptura de relaciones, el aislamiento económico impuesto por los que se negaban a hacer negocios con ellos, el maltrato verbal y, quizá, las amenazas de violencia física parecen constituir las distintas manifestaciones del conflicto. Pablo dice dos veces que el responsable del conflicto es Satanás, que actúa de manera invisible entre bastidores (2,18; 3,5).

El conflicto tal vez llevara aparejado algo más que rencillas dentro de los vecindarios de los creyentes. Hay indicios de que fue de ámbito ciudadano y público, al menos para algunos. Por ejemplo, en 2,14-16 Pablo dice que sufren a manos de sus “conciudadanos”. Pasa luego a comparar este sufrimiento con los actos de la élite de Jerusalén al rechazar a los mensajeros de Dios: Jesús, los profetas y Pablo. Los “conciudadanos” de Tesalónica serían, pues, los miembros de la élite que gobiernan la ciudad y se oponen a los creyentes. ¿Cómo y por qué pudo la élite entrar en conflicto con un pequeño grupo de creyentes artesanos?

En 5,15, Pablo manda a los creyentes que no devuelvan mal por mal. El hecho de que el apóstol incluyera esta instrucción hace pensar que algunos sí habían devuelto mal por mal. Mientras que unos creyentes parecen haberse desanimado en su fe (3,1-10; 5,14), otros tal vez tomaran represalias o agra-



varan el conflicto (5,15). ¿Cómo? En 5,14, Pablo dice: “Amonestad a los revoltosos/indisciplinados” (la traducción es mía). La traducción habitual de la última palabra es “los ociosos”, pero la holgazanería no parece ser problema. Por el contrario, esta palabra suele denotar a los “revoltosos” o “insubordinados”, y puede hacer referencia a disturbios públicos. Tal vez algunos habían denunciado a los creyentes ante los magistrados de la ciudad después de que los creyentes hubieran abandonado la adoración de los ídolos y el culto imperial. Tal vez los magistrados tomaran medidas contra algunos creyentes, presionándoles para que participaran en la actividad cultural, quizá imponiéndoles una multa. O tal vez algunos, creyentes o adversarios, habían intentado sacar a colación esta situación en la asamblea popular de la ciudad. O tal vez este grupo de creyentes artesanos había ido a la huelga para protestar por el trato que recibían, provocando así desórdenes en la ciudad. (Existen indicios de que, en otras ciudades, panaderos y trabajadores textiles llegaron a hacer huelga, provocando con ello desórdenes). Resulta interesante que en 4,11-12 Pablo les aconseje vivir “pacíficamente... trabajando con vuestras propias manos”. La primera frase tiene el sentido de retirarse de la vida y la actividad políticas, mitigando así el conflicto; la segunda podría expresar la exhortación de Pablo a que continúen trabajando.

El consejo general de Pablo a los creyentes es que mantengan la cabeza baja y no atraigan la atención sobre sí mismos, comportándose así “adecuadamente” con los que no pertenecen a su grupo (4,11-12). Esta actitud reducirá el conflicto. Pero además les tranquiliza asegurándoles que están inmersos en los designios de Dios (1,4; 2,12) y que su salvación final es segura (4,13-18; 5,9-10.23-24). Estas garantías los hacen diferentes de la sociedad que les rodea, obsesionada con los ídolos (1,9-10) y las pasiones lujuriosas (4,4-5) y carente de esperanza (4,13). Subraya constantemente la identidad de los creyentes como una familia, o casa aparte, de “hermanos y hermanas”. En esta carta de 88 versículos, Pablo les aplica esta expresión

unas 17 veces (1,4;2,1.9.14.17, etc.; 5,12.14.25-27). Y les insta a mantener la fidelidad mutua con unas relaciones alentadoras y constructivas (3,12; 4,18; 5,11.13-14). Les garantiza que Dios actúa constantemente en medio de ellos (3,11-13). Sitúa continuamente dentro del contexto del final dado por Dios a la historia las circunstancias que en el presente viven los creyentes. El regreso de Jesús entraña un juicio sobre quienes gobiernan y quienes causan problemas a los creyentes, y el cumplimiento de los designios de Dios (1,10; 5,1-10).

### *Corinto*

La ciudad de Corinto, capital de la provincia romana de Acaya, había sido destruida en el año 146 AEC y había sido reconstruida y repoblada como colonia romana en el 44 AEC. En los años cincuenta del siglo I EC, la población tenía, tal vez, entre 80.000 y 130.000 habitantes, incluidos los aproximadamente 20.000 de los alrededores de la ciudad. Corinto era étnica y religiosamente plural. Su estructura sociopolítica era jerárquica, como cabía esperar, de modo que un pequeño número de familias de la élite controlaban el poder y la riqueza de la ciudad. ¿Cómo afrontaban los creyentes esta ciudad romana?

Pablo había fundado la iglesia de Corinto en torno al año 50 y había permanecido en la ciudad 18 meses, aproximadamente (Hch 18,1-17). La comunidad de los creyentes en Cristo era étnicamente mixta, pues contaba con judíos (1 Cor 7,18; 9,20-21) y gentiles. Éstos, que llevaban nombres griegos y romanos, se habían convertido de las religiones griega y romana (1 Cor 8,7-10; 12,2). El relato de Hechos indica la existencia de un conflicto considerable con la comunidad judía, pero 1 Corintios no da fe ni de un conflicto externo con una sinagoga ni de un conflicto interno entre creyentes gentiles y creyentes judíos.

Aunque el conflicto étnico parece estar ausente, existen dentro de la iglesia importantes conflictos y divisiones, entre

los que no es el menor el que supone la existencia de grupos afiliados a cabecillas diferentes (1,10-11). Estos conflictos atañen en parte a cuestiones doctrinales o de espiritualidad, pero en su mayoría parecen centrarse en cuestiones relativas al estilo de vida que son el resultado de decisiones sobre el modo de afrontar su sociedad. Unos abogan por una acomodación importante, mientras que otros prefieren un estilo de vida más separatista, incluso ascético. Pablo se opone a los primeros.

La iglesia estaba constituida por personas que eran miembros de las élites y por personas que no. En 1,26, Pablo los describe diciendo: “No hay entre vosotros muchos sabios [o cultos] según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles”. Esto quiere decir, por supuesto, que algunos sí pertenecían al grupo de la élite de Corinto. Conocemos los nombres de al menos dos de estas figuras de la élite. Erasto ostentaba un cargo político como tesorero de la ciudad y gastó de su propio dinero en un acto de beneficencia pública que consistió en pavimentar una zona situada al este del teatro (Rom 16,23). Gayo “acoge” a la iglesia corintia entera, lo cual hace pensar que era un importante patrono de las asambleas que tenían lugar en su gran casa o en locales que alquilaba. Es presentado como un igual de Erasto y como patrono de Pablo (1 Cor 1,14; Rom 16,23). Hay otros miembros de la élite que no resultan identificables, algunos de los cuales podrían perfectamente ser mujeres.

Muchos de los problemas que Pablo aborda atañen, en un grado significativo, a comportamientos y usos sociales de la élite. Parece ser que entre los creyentes pertenecientes a la élite hay luchas de poder y debates sobre el estilo de vida, ya que mantienen su posición social elitista al tiempo que van sacando también las consecuencias de sus compromisos cristianos. A menudo pensamos que estos creyentes corintios causaron problemas deliberadamente a Pablo. Pero resulta más útil recordar que están en una situación nueva. No tienen detrás una tradi-

ción cristiana secular que les guíe acerca del modo de vivir sus vidas cotidianas de una manera cristiana adecuada. Aprenden sobre la marcha.

En los cuatro capítulos iniciales, Pablo defiende su manera de formular y predicar el Evangelio (2,1-5). La retórica constituía un importante punto de interés de la élite. No sólo era signo de cultura, sino que además proporcionaba una destreza necesaria para demostrar el prestigio personal y para asegurar la influencia social propia. La negativa de Pablo a emplear un estilo retórico elevado ofendió y avergonzó a algunos que, de resultas, decidieron que Pablo no era un maestro digno de estima y empezaron a preferir a Apolo. La índole de esta polémica hace pensar que algunos miembros de la élite ven la iglesia como un ámbito más donde extender su influencia y obtener honor para sí mismos en las relaciones patrono-cliente.

En el capítulo 5, Pablo critica a un hombre por inmoralidad sexual. Su ausencia de críticas a la mujer implicada indica que ésta no pertenece al grupo cristiano. El hecho de que la iglesia no haya hecho nada con respecto al hombre hace pensar que se trata de un miembro poderoso de la élite. En el capítulo 6, Pablo se queja de que algunos miembros están zanjando sus disputas en los tribunales. No está claro de qué disputas se trata. Con toda probabilidad atañen a miembros de la élite envueltos en discusiones, bien entre sí –tal vez por contratos de propiedad o comerciales–, bien con personas no pertenecientes a la élite (no devolución de créditos, impago de rentas, etc.).

En los capítulos 8–10, Pablo se ocupa de la participación en las comidas cultuales de los templos. Estas comidas pueden entrañar cumplir con el culto imperial, celebrar los importantes juegos ístmicos que tenían su sede en Corinto o buscar el favor de otro dios o diosa. Se trataba de una actividad crucial para que los miembros de la élite mantuvieran su posición social. Así, también había celebraciones de cenas privadas en

las que quedaban demostrados y reforzados la categoría de la élite, su poder y su riqueza (10,27-30).

En 11,17-34, la cena del Señor pone de relieve las divisiones sociales dentro de la iglesia. Algunos miembros de la élite celebraban la cena del Señor guiándose por los usos culturales tocantes al patrocinio de comidas y reuniones de gremios de artesanos y de otros *collegia* o asociaciones. Por lo general, las comidas reforzaban la jerarquía social, al suministrarse a los comensales, según su posición social, alimentos, menaje y servicio de diferente calidad. En la cena del Señor, los miembros de la élite reflejaban las divisiones sociales y reforzaban su categoría haciendo alarde de abundancia, mientras que los demás –quienes no pertenecían a la élite– no tenían suficiente (11,18-22.33-34).

Estos modos de proceder dan fe de la presencia de miembros de la élite entre los creyentes corintios (1,26). También indican una importante acomodación e imitación cultural. Estos creyentes se incorporan a la iglesia trayendo consigo sus usos culturales y se comportan siguiendo las convenciones sociales. Continúan con su búsqueda de honor, posición social y poder sin tener en cuenta el Evangelio y la influencia que su comportamiento ejerce en los miembros de la Iglesia no pertenecientes a la élite. A diferencia de la de Tesalónica, la iglesia de Corinto apenas entra en conflicto con su contexto cultural imperial pues lo copia, no lo cuestiona.

Pablo considera que estos comportamientos no son coherentes con el Evangelio. Desde la perspectiva del apóstol, la cuestión fundamental no parece ser el problema de la Iglesia en el mundo, sino el exceso de mundo en la Iglesia. Pablo pone en tela de juicio sus conductas y valores. Recomienda encarecidamente una mayor distancia respecto a sus costumbres culturales y la creación de usos cristianos propios acerca de los cuales estén unidos (1,10-11).

Fundamentalmente utiliza la narración de Jesús crucificado, resucitado y que ha de regresar, para ayudarles a enten-

der el Evangelio y a relativizar las pretensiones de la cultura corintia. La carta está enmarcada por las referencias a la crucifixión de Jesús (1,17-28) y a su resurrección y regreso (cap. 15). La crucifixión de Jesús pone de manifiesto la oposición radical del sistema romano –con su acento en la nobleza de cuna, el poder, la riqueza, la posición social y el cargo público– a los designios de Dios. Los “poderes que gobiernan este mundo”, tanto humanos como cósmicos, fueron los responsables de la muerte de Jesús. No entienden la muerte de Jesús como la revelación del poder y la sabiduría de Dios, ni como el momento decisivo de los tiempos (1,18–2,13). El mundo actual, con todos sus alardes de poder de la élite, está a punto de desaparecer bajo el juicio (7,29-31; 10,11). La resurrección de Jesús significa que el mundo nuevo está en marcha. El comportamiento de los corintios debe estar guiado por el Espíritu hasta que Jesús vuelva para instaurar el imperio y los designios de Dios sobre todos sus adversarios (15,20-28).

En consecuencia, Pablo exhorta a mantener la distancia respecto a los usos culturales, aunque sin retirarse totalmente de la sociedad (5,9-13). Ciertamente, los usos propios que él desea afectarán y perjudicarán socialmente a los miembros de la élite si éstos siguen su enseñanza. En los capítulos 5 y 6, por ejemplo, exige que tomen medidas contra el hombre inmoral, sin tener en cuenta su posición social. En la iglesia, los miembros de la élite son responsables de sus actos, no inermes en virtud de su rango. El Evangelio requiere unos valores morales y éticos que están por encima de las acomodaciones culturales. Pablo desdeña el uso que hacen de los tribunales recordándoles su papel futuro en el juicio escatológico (6,1-5). Debieran celebrar sus propios procesos judiciales.

En los capítulos 8–10 les prohíbe participar en las fiestas culturales y en las comidas de los templos. Este sincretismo es incompatible con las afirmaciones específicamente cristianas (1 Cor 8,6). No asistir a las fiestas públicas plantea un pro-

blema muy importante a los miembros de la élite, pero Pablo sí les permite asistir a cenas con no creyentes (10,27-30).

Les reprende enérgicamente por sus maneras de celebrar la cena del Señor, marcadas por los usos culturales, y les insta a adoptar costumbres muy diferentes, mucho más igualitarias, que muestren respeto por quienes no pertenecen a la élite (cap. 11). Su culto ha de reflejar no las jerarquías culturales, sino la presencia del Espíritu, en virtud de la cual todos han recibido la gracia y están capacitados para contribuir al culto como expresiones de amor mutuo (caps. 12-14). La colecta en favor de los pobres de Jerusalén introduce reglas de comportamiento económico propias (16,1-4). Pablo les invita a ser solidarios con los pobres no por los beneficios que pueda reportarles su patronazgo, sino para proporcionar ayuda. En contraste con las estructuras verticales y dominadoras del imperio, centradas en Roma, insta a prestar una ayuda que invierte la dirección en la que fluyen hasta Roma impuestos y tributos, y que reconoce la solidaridad de los corintios –incluida la élite– con otras personas sometidas.

Además de recordarles los designios de Dios todavía por completar, Pablo pretende en todo momento establecer una identidad colectiva alternativa y una manera de ser, igualmente alternativa, dentro de su mundo. Les recuerda que son un pueblo “santo” o “santificado” (1,2.30; 3,17; 5,11; 6,11.15.20; 10,8). Estas palabras significan “puesto aparte” para los justos designios de Dios, no para la imitación cultural. El lenguaje familiar o doméstico abunda: “hermanos y hermanas” se utiliza unas 30 veces (1,10-11.26, etc.). Les llama a considerar no su propio provecho, sino cada uno el bien del otro (6,12; 8,7-13; 10,23-24), a renunciar a sus derechos como ha hecho él (cap. 9) y a ser un cuerpo unificado, aunque con miembros diversos, marcado por el beneficio mutuo, no por la jerarquía y la dominación (12,12-26).

El encarecido ruego de Pablo de que mantengan o creen una distancia cultural y una idiosincrasia (aunque no una sepa-

ración) se da de bruces con la imitación de la sociedad imperial que parece estar en el candelero entre algunos creyentes corintios, especialmente los miembros de la élite. No sabemos si los corintios, especialmente quienes pertenecían a la élite, escucharon a Pablo, pero la situación que él abordó en los años cincuenta indicaba que creyentes diferentes afrontaban su sociedad imperial de maneras diferentes.

### *Filipos*

La situación en Filipos parece acercarse más a la de Tesalónica que a la de Corinto. Filipos era una ciudad pequeña, con un número aproximado de habitantes entre 9.000 y 12.000, y es probable que la iglesia de allí contara con un reducido número de miembros. Puesto que Filipos era una colonia (fundada por ciudadanos romanos), probablemente habría algunos ciudadanos romanos entre los fieles, pero no hay indicios de miembros de la élite. Es probable que la mayoría de sus miembros fueran artesanos.

En los versículos 1,27-30, Pablo hace referencia a un conflicto y una lucha. Tienen adversarios; sufren por Cristo; su conflicto es el mismo que el del encarcelado Pablo (1,7); sus adversarios serán destruidos. El vínculo con los padecimientos de Pablo hace pensar no en una simple oposición genérica a la predicación, sino en un conflicto público y en una oposición por parte de las autoridades imperiales (1,12-13). Como en el caso de Tesalónica, la hipótesis más probable es que los conversos hayan abandonado los ídolos de sus anteriores dioses grecorromanos y se hayan retirado de las celebraciones del culto imperial. Estos hechos han provocado el temor entre conocidos, compañeros de trabajo y parientes, alarmados por la posibilidad de que los dioses encolerizados tomen represalias y de que sobre su localidad se abata un desastre. Esa oposición probablemente lleve aparejada alguna presión en el ámbito de la ciudad: sanciones económicas, insultos, ruptura de relaciones y, tal vez, actos ocasionales de violencia. Las autoridades



ciudadanas también se habrán visto implicadas si algunos cristianos se han negado a prestar el juramento de lealtad al emperador (como en Tesalónica).

Los cristianos filipenses parecen haber reaccionado de varias maneras. Pablo les insta en 1,27-28 a permanecer “firmes”, a estar unidos y a no dejarse intimidar. Estos mandatos únicamente resultan necesarios si los filipenses han reaccionado con vacilaciones, desunión y miedo. La desunión queda patente en al menos tres reacciones diferentes ante la situación de conflicto público.

A quienes están atemorizados, Pablo les insta a considerar sus padecimientos como una participación en los de Cristo y a permanecer firmes (1,29; 2,8; 3,10-11). Otros parecen tentados a adoptar algunos signos de la identidad judía, sea por fidelidad a las Escrituras, por admiración al judaísmo o por la exención que conllevaba participar en el culto, con la cual se evitaba entrar en conflicto público (3,2-11). Pablo se presenta como alguien que, por conocer “a Cristo y... el poder de su resurrección y compartir sus padecimientos”, ha renunciado totalmente a confiar en la posición social (3,10). Una tercera reacción es la de quienes siguen participando en observancias culturales, tal vez en el marco de reuniones de *collegia* o de artesanos. El lenguaje y los contrastes de 3,17-21 indican que Pablo ataca la idolatría, la gula y la actividad sexual ilícita. Este conjunto de temas se asociaba de manera estereotipada con los ataques contra las reuniones de *collegia*. Estos creyentes tal vez no vieran incompatibilidad alguna entre sus convicciones cristianas y los comportamientos culturales convencionales. El enérgico lenguaje de Pablo los tacha de “enemigos de la cruz” y establece un contraste entre su condición de ciudadanos del imperio romano y su ciudadanía celestial y su emperador-salvador, Jesús.

La postura que Pablo adopta ante la situación de los cristianos de Filipos es rechazar las opciones dos y tres y apoyar la opción uno. No intenta reducir las tensiones y conflictos con

los demás habitantes de la ciudad, sino que más bien exhorta a los cristianos a continuar soportando fielmente los padecimientos, como han hecho él y Cristo (1,2-26.29; 2,17-18; 3,1; 4,4-9). Presenta a Jesús como un mártir, fiel y obediente incluso hasta la muerte, pero acreditado por Dios (2,6-11). En 2,4, el apoyo mutuo lleva aparejada la asistencia económica. Pablo trata de fortalecer las fronteras y la identidad de esa comunidad suya como “hermanos y hermanas” (1,12; 3,1.13.17; 4,1.8). También utiliza el lenguaje militar: deben ser un ejército unido y fiel (1,27).

Esta postura de Pablo queda subrayada por su convicción de que la soberanía de Dios triunfa sobre Roma. Su detención no puede impedir que el Evangelio se difunda entre la guardia pretoriana (1,12-14) y haya creyentes incluso en la casa del emperador (4,22). En 2,9-11 presenta a Jesús resucitado y exaltado como aquel que tiene toda autoridad “en el cielo y en la tierra”, incluso sobre Roma. En “el día de Cristo” (1,10; 2,16), Jesús ejercerá finalmente esa autoridad cuando vuelva de manera triunfal desde el cielo (3,20).

Esta confianza en la soberanía de Dios da origen a la parte más innovadora de la reacción de Pablo, a saber, la colocación de la ciudadanía de los cristianos de Filipos dentro de un contexto nuevo. Utilizando palabras afines, subraya veces que su ciudadanía está en el cielo. En 1,27 han de vivir como ciudadanos del Evangelio; en 3,20 son ciudadanos del cielo. Esto no espiritualiza su ciudadanía. Este lenguaje de ciudadanía denota más bien una vivencia cotidiana de valores, maneras de proceder y compromisos con el imperio romano que resultan apropiados. Pablo quiere que el Evangelio modele la vida de sus cristianos. En 3,20 establece un contraste entre la ciudadanía imperial y la ciudadanía celestial, y otro entre Jesús como Señor y salvador y el emperador romano, que también era conocido por estos títulos. Pablo está exigiendo una lealtad alternativa que resulta conflictiva y entraña traición. En efecto, está pidiendo a quienes son ciudadanos romanos que renuncien

a esa condición, lo mismo que Cristo renunció a su condición y se hizo esclavo (2,5-11). Les está pidiendo que vivan como esclavos, lo mismo que él y Timoteo son “siervos [esclavos] de Cristo Jesús” (1,1). Por supuesto, los esclavos eran los miembros de categoría más baja de la sociedad imperial y contaban con pocos derechos o privilegios.

La reacción de Pablo en este caso no reduce los conflictos de los cristianos de Filipos (como sucedió en Tesalónica), sino que garantiza su prolongación, cuando no su agravamiento. De ahí que les exhorte a permanecer firmes, fieles y unidos en la perseverancia hasta que Jesús regrese para consumir los designios de Dios (3,20). Afirma que, a la postre, la soberanía de Dios sobre el imperio de Roma está asegurada.

### *Las ciudades del Apocalipsis*

Resulta significativo que el relato del Nuevo Testamento concluya en el libro del Apocalipsis con una visión de dos ciudades, la prostituta Babilonia y la nueva Jerusalén (caps. 17–22). El Apocalipsis está dirigido a los cristianos de siete ciudades –y sus alrededores– de la provincia de Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (caps. 2–3). Para el autor, una cuestión fundamental es cómo afrontan los cristianos las complejidades de la vida política, económica, social y religiosa de estas ciudades del imperio de Roma. Le preocupa que se hayan acomodado demasiado a ese imperio, y los quiere mucho más separados y distantes.

El escrito pone de manifiesto la naturaleza demoníaca del imperio de Roma, al que presenta con el nombre de un gran imperio anterior, la ciudad de Babilonia. Las maldades de Babilonia son numerosas. Con una lamentable imagen femenina negativa se le llama “gran prostituta” (17,1). Esta imagen tiene una larga historia bíblica (Éx 34,15-16) y denota la infidelidad a los designios de Dios cometida en forma de acomodación y transigencia (22,14-15). La ciudad de Babilonia

es infiel a los designios de Dios, ya que los pasa por alto de manera blasfema (17,3). Es codiciosa y económicamente explotadora (17,4; cap. 18; véase *infra* el capítulo 6). Es violenta y asesina, ya que destruye a los fieles a Dios (17,6; 18,24). Es arrogante, “se gloria” y afirma gobernar el mundo (18,7). Está bajo juicio (caps. 17–18).

En consecuencia, el Apocalipsis llama a los creyentes a “salir” de la prostituta Babilonia para “no [hacerse] cómplice[s] de sus pecados” (18,4). Es un llamamiento a negarse a participar en su vida pública, política, económica y religiosa. Deben resistir y vivir una existencia alternativa.

Deben vivir en la nueva Jerusalén. Las dos ciudades coexisten: la nueva Jerusalén está situada en medio de la maldad de Babilonia (22,14-15). Las dos están en un contraste muy marcado: prostituta y esposa (19,7); bestia (17,3) y cordero (21,9); demonios (18,2) y Dios (21,3); estéril (18,14) y fecunda (22,2); embriagada (18,3) y sanada (22,2); asesina (18,24) y libre de la muerte (21,4). La nueva Jerusalén es un don de Dios procedente del “cielo” (21,2). Es donde Dios y los seres humanos conviven (21,3). Está libre del sufrimiento, el dolor y la muerte (21,4). Transforma todo cuanto es contrario a los designios de Dios (21,5). Es enorme, con mucho espacio para todos y supera las dimensiones de cualquier ciudad conocida (12.000 estadios de largo equivalen a más de 2.400 kilómetros: 21,16). No tiene templo (21,22; sobre los templos, véase *infra* el capítulo 5). Resulta interesante que abarque tanto la ciudad como el campo, puesto que incluye, con ecos del jardín del edén, un río y un árbol que producen un suministro continuo de vida (22,1-2; véase *infra* el capítulo 6). Ésta es la alternativa de Dios al imperio de Roma.

### *Conclusión*

En el presente capítulo hemos visto algunas maneras diferentes como los cristianos afrontaban el imperio de Roma en

sus ciudades y en el campo. En sus reacciones queda patente una considerable diversidad. La voz de Pablo resuena vigorosa ofreciendo orientación, lo mismo que el autor del Apocalipsis. Sin embargo, no sabemos cuántos cristianos de comunidades como las de Tesalónica, Corinto, Filipos y las ciudades de Asia estaban de acuerdo con ellos o preferían otras formas de afrontar las cosas.